

## La leyenda del capitalismo y de la dependencia

*Por Enrique de Gandía*

La mentalidad marxista habla de un derecho capitalista, por oposición a un derecho no capitalista. Es un argumento artificial para irritar a las masas ignorantes y llenas de envidias. El derecho no hace diferencia entre capitalistas y no capitalistas. El derecho, la justicia, son uno para todos en los modernos países democráticos y especialmente en los llamados liberales por los comunistas. El término liberal, con que los enemigos de la libertad tratan de desprestigiar a los gobierno contrarios al comunismo y a cualquier sistema totalitario, falto de libertad, es otro argumento falso para engañar a los jóvenes incultos. Enseña que la libertad permite explotar a las mayorías populares por las oligarquías internas y extranjeras. La realidad actual, con la escasez de mano de obra en toda América, ha dado vida a una indiscutible realidad: son las supuestas minorías oligárquicas las que son explotadas por las mayorías trabajadoras. La inflación ha sido el resultado del constante aumento del costo de la mano de obra. Las llamadas clases dominadas, para excitar los resentimientos, son las que explotan a las imaginarias clases dominadoras. La dominación económica no se convierte en una dominación política en el sentido que explican los marxistas, sino en otro totalmente contrario, que es el del obrerismo sobre los empresarios. La economía no está unida a la política de un modo único e inmutable. En un país lo está de una manera, y en otro, de otra. La sociedad trata de defender el trabajo y la riqueza de cada uno de sus miembros. Muchas veces se ha explicado su origen como un acuerdo de los hombres para sostenerse mutuamente frente a peligros comunes. Es natural que en tiempos en que no se sospechaba que un día nacería una teoría destinada a justificar el robo de los bienes ajenos, del producto del trabajo y del ahorro de los otros, la sociedad no tuviese otro fin que garantizar la familia y sus propiedades. El principio de que el pobre debe robar al rico, sacarle el fruto de su trabajo, de su ahorro y de las herencias que ha recibido, puede ser muy justo para el ladrón, pero no tanto para el robado, que se preguntará si sus sacrificios no tienen el derecho de ser defendidos. El apropiarse del bien ajeno no es una igualdad,

es una profunda desigualdad, es un abuso de uno sobre otro, del que no ha tenido inteligencia o capacidad para lograr un bien sobre el que la ha tenido. El derecho que se opone al despojo es llamado burgués, despectivamente, por los marxistas. Según ellos, la justicia social es la que iguala a quienes tienen una capacidad con los que no la tienen. Para lograr su ideal quieren suprimir lo que llaman apropiación privada de los medios de producción y entregarla al Estado. Es el comunismo marxista en pleno. Los resultados de este género de gobierno son conocidos en Rusia, donde aún domina, y en otros países, donde ha fracasado y hundido en la miseria a los pueblos. La coerción de los Estados comunistas ha sido funesta en los países donde la cultura de sus habitantes es diametralmente opuesta a la perspectiva de una miseria para todos que sólo les ofrezca la única perspectiva de no morir de hambre.

El Estado interviene en la economía, no por el desarrollo del capitalismo, sino porque desea intervenir. En muchos Estados capitalistas el Estado interviene muy poco o nada. Precisamente el lema de Jefferson, en los Estados Unidos capitalistas, era: "El mejor Estado es el que menos gobierna." El término dependencia ha sido creado para humillar y despertar los resentimientos y odios de los países que se supone están bajo un imperialismo de otro país. El marxista explica la dependencia como el resultado de las influencias o imperialismo de unas naciones sobre otras naciones. Esta explicación le servía muy bien cuando podía acusar de imperialistas a países como Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y algunos otros. Hoy, de pronto, los términos se han dado vuelta. Los países llamados dependientes, como los árabes, supuestamente explotados por los imperialistas, se han convertido en imperialistas, y los demás, en dependientes. La posesión del petróleo ha colocado a pueblos en otros tiempos miserables muy por encima de los imaginados dominadores e imperialistas. Toda la ciencia económica marxista se ha derrumbado con estas realidades, muy imprevistas.

No es exacto que el capital monopolista se haya configurado en el último tercio del siglo XIX. Toda la historia de la humanidad, desde las primitivas culturas del Mediterráneo, demuestra lo contrario, y no hablemos de los sistemas económicos de España, Portugal, Gran Bretaña y Holanda en el siglo XVI, y de los nórdicos, en el mismo siglo, en el Báltico y mares vecinos. Los marxistas han querido agregar una dependencia a la que ellos ven entre países. Han inventado la de clases: una clase dependiente de la otra. Es la vieja lucha de clases con un nuevo nombre o disfraz. El proletariado debe apropiarse del Estado para dominarlo y aplastar a las clases burguesas. De este modo, los que nada tienen quitarán todos sus bienes a quienes poseen mucho o algo y

la igualdad de la miseria será perfecta para que los ladrones disfruten de la riqueza ajena. En esta forma el proletariado se convierte en clase dominante y engendrará, por consiguiente, la conspiración de la nueva clase dominada. El marxismo, con su odio permanente y su vocación de ladrón, no ofrece, por tanto, soluciones para el futuro, sino nuevos conflictos y mucho más duros por el nuevo odio de los robados hacia sus ladrones. Hay que dar a cada cosa su nombre exacto. Los marxistas combaten igualmente la penetración de los capitales extranjeros. La oposición existe cuando estos capitales no son rusos o de otros países comunistas. En el caso de que no lo sean los llaman imperialistas. Si lo son, reciben el nombre de contribuciones, colaboraciones, ayudas, etcétera. Cuando una empresa extranjera se instala en un país vecino o lejano aunque va a pagar salarios bajos, hace un gran bien a ese país. Inmediatamente, el costo de los salarios aumenta porque trabajadores abandonan sus trabajos pagados malamente por los nuevos, que son siempre superiores. En el acto, también, los salarios anteriores se ponen al nivel de los nuevos y la riqueza aumenta al par que la inflación. Los marxistas quieren presentar a Gran Bretaña como a un país imperialista porque desde el siglo XIX invirtió sumas enormes en países extranjeros. Esas sumas fueron empleadas en la construcción de ferrocarriles y en la instalación de frigoríficos y todo género de fábricas. Esto, los marxistas, lo ven muy mal porque no dejó en la miseria a los pueblos donde se hicieron esas construcciones y no les permitió volcarse inmediatamente al comunismo. Tienen razón: gracias a esas inversiones, los pueblos que las recibieron salieron de sus pobreza, se hicieron capitalistas, la mayoría de sus habitantes se transformaron en propietarios y en empresarios, los proletarios nadaron en la abundancia y en los países fueron considerados ricos y anticomunistas. Gran Bretaña cometió el error de todos los países colonialistas que, por ello, se fueron a la miseria. Llevó sus capitales al exterior y los perdió. Si los hubiera instalado en su propia tierra, Gran Bretaña sería una nación increíblemente poderosa. España, desde el siglo XVI, se consumió por llevar ingenuamente sus hombres y sus riquezas a América, de donde no sacó más que ingratitudes y estúpidos odios históricos. Los países europeos no sólo llevaron a otras naciones su oro, sino que les dieron también sus hombres. La ignorancia y la mala fe de los marxistas explica que todo esto se hizo para explotar a las naciones periféricas, que recibían esos capitales y esos hombres. La verdad histórica y social es muy diferente y nadie la ignora. Países como la Argentina, desiertos barridos por el viento y destrozados por los indios, con el oro y con los hombres de otros países se cubrieron de ciudades, formaron una sociedad culta y sana y se convirtieron en naciones capitalistas, es decir, ricas, donde abunda el bienestar y la felicidad. Al mismo tiempo siguieron explo-

tando a las naciones que les habían dado dinero y mano de obra. La Argentina, a medida que aumentó el área de sus campos sembrados y cubiertos de animales y el número de sus habitantes, vendió cada vez más a Gran Bretaña y le sacó sumas enormes de oro con las cuales dio a sus pobladores condiciones de vida que no tenían en sus pobres y tristes ciudades, ni los ingleses, ni los españoles, ni los italianos. La formación de grandes empresas industriales y comerciales fue una fuente de empleos para miles de hombres y mujeres que antes vivían en situaciones muy precarias. Todo esto es muy contrario al canallesco ideal de los marxistas que quieren una sociedad hundida en la obediencia ciega, sin iniciativas, pobre y de una igualdad que se queda estupefacta frente a la vida, soberbia y principesca, de los grandes directores de ese mundo de esclavos. El comunismo quiere la sangre y el fango, el horror y la vergüenza, el cinismo y la crueldad, para hacer posible el triunfo de su odio a la riqueza y al bienestar de los pueblos. La repuesta se la dan las mismas clases obreras que no se entregan al marxismo y buscan, como todo ser humano, una mayor superación en sus condiciones de vida. No son cómplices de los oligarcas, como las han acusado e insultado los marxistas. Son cómplices de su propio bienestar que no quiere esclavizarse.

Los teóricos marxistas han hecho notar a los obreros que en unos países ganan tantos centavos de dólar por hora, y en otros, mucho más o mucho menos. Estas diferencias serían sensibles e injustas si los distintos países en que se comprueban tuvieran el mismo nivel o costo de vida. Como es muy diferente, está siempre de acuerdo con las entradas. Da lo mismo ganar tanto en un país como mucho más o mucho menos en otro, puesto que el costo de la vida no es el mismo en uno ni en otro. Los capitales extranjeros son siempre absorbidos por el país en que se encuentran. A veces son los gobiernos que los nacionalizan pagando sumas irrisorias a sus propietarios, lo cual equivale a verdaderas confiscaciones o despojos. Otras veces son los accionistas nativos que terminan por ser los dueños mayoritarios o absolutos. En cualquier caso, aun cuando los extranjeros conserven la propiedad de sus empresas, ellas siempre, sin excepción, son una ventaja, una fuente de trabajo y de riqueza, en el país en que se hallan. Las ganancias llevadas al exterior, no en oro macizo, en barras, que hoy en día es imposible en cualquier parte de la tierra, sino en billetes, terminan por volver, inmediatamente, al país de origen. El extranjero que posee en su tierra papel moneda de otro país no tiene más que tres caminos para utilizarlo, aprovecharlo: convertirlo en objeto de colección; empapelar con él alguna habitación o comprar con esos billetes mercadería en el país que los ha impreso. Es decir: el papel moneda, la famosa ganancia, llevada al extranjero, no se queda en el extranjero, a menos que se

transforme en papel para empapelar un escritorio, y sirve para comprar en el país de origen, es decir: vuelve a su patria, produce riqueza, desarrolla la industria en general. Lo que significa que para fomentar la riqueza de un país hay que llevar las ganancias al extranjero a fin de que produzcan inmediatamente nuevas compras y nueva riqueza en el país de donde han salido.

Las empresas multinacionales en las cuales, como es natural, no hay, o muy poco, capital comunista, son perseguidas por los marxistas. No dicen que las combaten porque no son comunistas y tienen capitales ingleses, norteamericanos, alemanes y de otros países. Dicen que son monopolistas y que hacen un gran daño a los países donde están instaladas. Esta es otra mentira, otra infamia, que el economista serio desecha con desprecio. Las empresas multinacionales traen mayores cúmulos de riquezas, puesto que se unen y su unión las hace poderosas en el trabajo y en el comercio, con el consiguiente provecho de los miles de personas que trabajan en ellas. No impiden la competencia abaratadora de precios y elevadora de calidad. Otras empresas multinacionales se encargan de ofrecer los mismos productos a precios menores y de una calidad superior. El intercambio de técnicos significa, para los mismos países exportadores, seguras ventajas, pues, salvo excepciones, el técnico de un país que ha ido a especializarse en otro país, termina por volver a su patria con los nuevos conocimientos que ha adquirido en el extranjero.